1854

La
Casa de locos

Pina

8

LA CASA DE LOCOS.

COMEDIAS USADAS
LIBRERIA DE VALDEZAMO
SUCESOR DE C. ESTEBAN
Horno de la Hata, 3. Madrid

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El viejo Telémaco	Zarzuela en dos actos.
Sensitiva	Zarzuela en dos actos.
El violinista	Zarzuela en un acto.
Adios mi dinero!	Zarzuela en un acto.
La vida en un tris	Zarzuela en un acto.
Las multas de Timoteo	Comedia en un acto.
Descarga de artillería	Comedia en un acto.
Por huir del vecino	Juguete cómico en un acto.
Pirlimpimpin 1.°	Zarzuela bufo-fantástica en dos actos.
Lola	Zarzuela en dos actos.
Se dan casos	Zarzuela en un acto.
Un nuevo Quintiliano	Comedia en un acto.
La copa de plata	Zarzuela en dos actos.
Lo sé todo	Juguete cómico en dos actos.
Fausto	Parodia en dos actos (de la ópera).
La casa de locos	Zarzuela en un acto.

LA CASA DE LOCOS,

ZARZUELA EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

DON MARIANO PINA DOMINGUEZ,

MUSICA DE

DON RAFAEL ACEVES.

Estrenada en el Teatro de MADRID el 20 de Agosto de 1874.

COMPRA Y VENTA DE COMEDIAS
22, ABADA, 22
LIBRERÍA
MADRID

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
CLARA.....	SRAS. CUBAS.
ROSA.....	IMPERIAL (E.).
LIBORIO.....	SRES. CRECI.
ENRIQUE.....	GARCÍA.
TOMÁS.....	PERIÉ.
ÁNGEL.....	BALLÓS.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO UNICO.

Jardin.—Verja al fondo.—Mesa, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, TOMÁS.

ROSA. Á mí no me levante usted el gallo!

TOMAS. Pero mujer!...

ROSA. Yo no soy mujer! Soy una esposa ultrajada, y necesito desahogarme.

TOMAS. ¡Y para esto me he casado!

ROSA. Cómo! Se arrepiente usted? Yo debía ser la arrepentida. Yo que tuve lástima de usted y le entregué mi mano como una cordera Pascuala. Sí señor, despreciando mejores partidos, porque entónces, qué era usted, vamos á ver? Un mediquillo sin enfermos ni reputacion; un triste mediquillo dispuesto á matar al primer transeunte; y yo, sin embargo, le quise y me casé, y desde aquel dia he perdido las carnes y estoy cavando mi sepultura. Diga usted que se arrepiente!

TOMAS. No, no lo creas. (Me pega, de fijo.) ¿Arrepentirme cuando poseo la mujer más amable de Europa?

ROSA. Entónces ¿por qué mira usted al cielo y levanta las

673580

manos como diciendo: «Esto no se puede sufrir. Qué mujer es esta, gran Dios?»

TOMAS. Quiá! Tú traduces muy mal la mímica. Cuando miro al cielo y levanto las manos, quiero decir: ¡Dios mio, un rayo!...

ROSA. Eh?

TOMAS. De luz, de luz, que la persuada de mi cariño.

ROSA. Falso! No creas que me engañas, estoy muy sobre aviso. (Tomás mueve el pie y la cabeza en señal de impaciencia.) ¿Por qué hace usted así? (Imitando su movimiento.)

TOMAS. Porque me agrada.

ROSA. Es que yo no tolero movimientos irónicos!

TOMAS. Oh! Me voy ántes de estallar. (Váse por la izquierda.)

ESCENA II.

ROSA, luégo CLARA.

ROSA. ¡Ay, si yo no me hiciese de miel! Pero no puedo remediarlo; tengo un carácter muy dulce, y aunque quiero, jamás logro enfadarme.

CLARA. Felices, tia mia.

ROSA. Ay, si no fuese por tí! Si no me contuviesen las consideraciones que tu estado se merece!

CLARA. Pero qué ocurre? Ah, vamos, lo de siempre. Acaba usted de tener una entrevista con su marido.

ROSA. Tambien tú me culpas? Esto sólo faltaba!

CLARA. No, tia, sosiéguese usted! Es mucho afan estar siempre rabiando.

ROSA. Pues no dice que rabio?

CLARA. Si usted reflexionase un poco, lo comprendería.

ROSA. En cambio tu nunca te alteras, jamás te enfadas, y sin embargo, tu marido no pudo sufrirte, y al año de casado se largó con viento fresco.

CLARA. Tia, muy bien sabe usted que no dí el menor motivo á mi esposo para que me abandonase, y que todos, y us-

I motivo

(á la vuelta)

ted la primera, convinimos en que fué una accion torpe y miserable.

ROSA. Eso sí; aunque ni tu tio ni yo conocimos á tu marido, porque precisamente en aquella época nombraron á Tomás médico director del manicomio, y abandonamos la córte, estamos seguros de tu inocencia. Pero yo te afirmo qne si soy su mujer no se me escapa.

CLARA. Quién sabe!

ROSA. Pues qué? Te figuras que tu tio no lo ha pretendido? Y ya ves! Hace veintiseis años que le llevo aquí... en el bolsillo.

CLARA. Cuatro justos cumplen hoy de la partida de Enrique.

ROSA. ¡El muy tuno! Pero dónde diablo se habrá metido?

CLARA. Nada he vuelto á saber de él desde entónces; ni una carta, ni el más simple aviso. Durante mi permanencia en Madrid abrigaba esperanzas; pero desde que me vine á vivir con ustedes, hace dos años, las perdí por completo.

ROSA. Habrá muerto?

CLARA. Ya hubiese llegado la noticia.

ROSA. Y ademas es un pillo, y los pillos no se mueren nunca.

CLARA. Qué situacion tan violenta! Ni casada, ni viuda, ni soltera.

ROSA. ¡Y luego dicen que hay gobierno!

ESCENA III.

DICHAS, LIBORIO, con un enorme tomo en fólio.

MUSICA.

LIBORIO. Felices, señoras.
Á los piés de usted.

CLARA. Beso á usted la mano.

ROSA. Gracias, no hay de qué.

LIBORIO. Siempre tan amable.

ROSA. (Siempre tan simplon.)

LIBORIO. (Cuánto á mi presencia

se admiran las dos.)

Yo soy un sabio—de gran calibre,
y aunque me digan—que el hombre es libre
sujeto al cálculo—tiene que estar,
y aquel que no calcula—es un animal.

CLARA y ROSA. Él es un sabio—de gran calibre,
y aunque le digan—que el hombre es libre, etc.

LIBORIO. Yo sé las piedras—que hay en la calle,
los adoquines—y hasta los *baches*,
y sé los rábanos—que en la ciudad
consume diaramente—la comunidad.

CLARA y ROSA. Sabe las piedras.... etc.

LIBORIO. Todo, todo,—yo lo sé,
que estudié—con gran fe.
Todo, todo lo acerté,—lo pesqué.
¡Chachipé!

CLARA y ROSA. Que estudió muy bien se ve
con gran fe—lo acerté.
Que es un sabio, ya lo sé.
¡Chachipé, chachipé!

HABLADO.

CLARA. Hace un siglo que no honra usted nuestra casa.

LIBORIO. He estado ocupadísimo coleccionando datos importantes para la ciencia. Porque la ciencia está aquí. (Dándose en la frente.) Aquí dentro. Mire usted. ¿Ve usted este librito? (Presentando el tomo.) Tengo en mi biblioteca ciento veintiocho iguales, escrito por mí de cabo á rabo.

ROSA. ¡Qué atrocidad!

LIBORIO. Mire usted, mire usted. Este comprende los museos. Aquí está el de Pintura de Madrid. ¡Qué estudio tan profundo! ¿Á que no sabe usted cuántos Adanes hay allí?

ROSA. ¿En Madrid? Se pierde la cuenta.

LIBORIO. No! En el museo.

ROSA. No sé; pero conozco uno que ni el de la creacion.

LIBORIO. Pues hay doscientos quince Adanes, cuatrocientas v...

titres Evas, setenta Cleopatras y doce mil quinientos caballos blancos.

ROSA. Doce mil... Es claro! Por eso van quedando tan pocos.

LIBORIO. Hay allí cinco mil mujeres en cueros.

ROSA. Mire usted lo que dice, caballero!

LIBORIO. Un millon seiscientos mil frailes, y de estos llevan vela dos mil trescientos ochenta y siete.—¿Qué dato, eh?—

CLARA. Lo admiro á usted!

ROSA. (Ay, si fuese mi esposo!)

LIBORIO. Pues esto no es nada, señora. Acabo de hacer un estúdio comparativo entre las obras de *Exaspeare* y *Boileau*: el primero ha dado á luz treinta y siete millones quinientas cuarenta y cinco mil veinticuatro letras, y *Boileau* veinticinco millones trescientas cincuenta y ocho mil ciento.—¿Qué dato, eh?—

ROSA. Y ha tenido usted paciencia para contarlas?

LIBORIO. Desde la primera hasta la última.

ROSA. (Vea usted! Y no lo han ahorcado todavía.)

ESCENA IV.

DICHOS, TOMÁS.

TOMAS. Qué veo! El sabio don Liborio! Cómo va, amigo mio?

LIBORIO. Perfectamente.

TOMAS. Pero hombre, usted nos abandonó por completo.

ROSA. Como que está ocupado con todas las Evas de Madrid.

LIBORIO. La ciencia me embarga, y ademas, francamente, la vecindad de ustedes es un peligro constante.

TOMAS. ¿Nuestra vecindad?

LIBORIO. Los locos me causan un miedo invencible, y nos separa de ellos una pared no muy gruesa.

TOMAS. Teme usted que se escape alguno?

LIBORIO. Todo podría suceder.

TOMAS. No hay cuidado. Mis pobres enfermos están bien vigilados. Los furiosos, sobre todo.

LIBORIO. Así lo creo. Por eso y por necesitar varios apuntes de su biblioteca, me atreví á visitarle.—Ahora me ocupo

de los hidrófobos.—Durante el último tercio de siglo han rabiado en España cuatro mil quinientas perras y tres mil ciento veinte perros: de estos tenían rabo cuatrocientos.—¡Qué dato, eh!—

TOMAS. Pues nada, ya sabe usted el camino. Disponga como en su casa. Yo mientras voy á visitar á esos locos que tanto pavor le infunden.

LIBORIO. Entónces con su permiso. Ah! Ya terminé el cuadro sobre las corridas de toros.

TOMAS. Hola!

LIBORIO. Y resulta que desde Montes acá se han visto en la plaza de Madrid nueve mil pares de cuernos; ayer me faltaban algunos, pero logré dar con ellos.—Hasta luégo. (Váse por la izquierda.)

ESCENA V.

TOMÁS, ROSA, CLARA.

ROSA. Yo no sé por qué recibes en tu casa á esos espantajos.

TOMAS. Mujer, don Liborio es un antiguo amigo.

ROSA. Pero qué nos importan los rabos ni los cuernos de ese hombre!

TOMAS. Es decir que debo arrojarle de casa?

ROSA. No, hijo! Dale sopitas y abrígale.

TOMAS. Eres insufrible.

ROSA. Y tú insoportable.

CLARA. Vamos, calma.

ROSA. ¡Es que luégo dice que tengo mal carácter!!

TOMAS. Voy á pedir el divorcio.

ROSA. Y yo un cordel! (Vánse; Tomás por el foro y Rosa por la izquierda.)

ESCENA VI.

CLARA, luégo ÁNGEL.

CLARA. Siempre lo mismo. Mi tio la bondad y la condescendencia, y ella la intransigencia y la cólera; pero am-

bos se quieren y no podrían vivir el uno sin el otro. ¡Vea usted! Yo preferiría tener cerca á mi marido, aunque se pareciese á mi tia! Pero sí, échale un galgo!

MUSICA.

Al año de casado
me abandonó.
Lo que esto me ha costado
nadie lo sabe
mejor que yo.

—

Esposo del alma—tu mimo perdí
y no tengo calma—viviendo sin tí.
Que fuiste un tunante—no puedo dudar,
pero eso no obstante—te quiero llamar.
Ven aquí—ven, por Dios.
Vuelve á mis brazos
y dame tu amor.
Dulce bien—ven aquí,
porque yo muero
viviendo sin tí.

II.

Un año á tu lado—contenta pasé;
sin mí te has marchado—y sola quedé;
que es larga la ausencia—lo dice mi afan;
si tienes conciencia—no debes tardar.
Para tí—yo seré
dulce y amable—lo mismo que ayer.
Dulce bien—ven aquí,
porque yo muero
viviendo sin tí.

HABLADO.

ANGEL. (Por el foro.) (Ella! Y sola! Esta es la ocasion, seduc-

tor!) Felices, encantadora Clarita.

CLARA. Beso á usted la mano. (Á qué vendrá este mono diariamente?)

ANGEL. Y el tio? Y la tia? Usted cada vez más bella y más gentil.

CLARA. Empezamos ya? No sabe usted que le tengo prohibido ese lenguaje?

ANGEL. Y por qué? Acaso el ruiseñor puede ofenderse porque elogien sus trinos? la flor porque admiren su aroma, y el arroyuelo porque envidien su frescura?

CLARA. Hablemos de otra cosa.

ANGEL. Como usted guste. (Ya me iba á lanzar.)

CLARA. Se divierte usted mucho?

ANGEL. Calle usted! No me hable de la vida de provincia! Esto no es vivir, es vejetar! Acostumbrado á Madrid, de donde salí hace un año, como usted sabe, no puedo resistir el *splin*. Acostarse á las ánimas! Levantarse con las gallinas! Ver siempre las mismas caras y asistir á las mismas reuniones! Digo, y yo, que en la córte apuraba todos los placeres! Paseos, apuestas, giras, teatros, conquistas... Era el niño mimado, el *enfans terrible* de los salones. Y luego, qué más? Y qui no hay sastres, señora! Oh! mi Sanchez Esteller! Si me vieras vestido de este modo! Este sí que es un artista! Qué *chic*! Ah, qué *chic*!

CLARA. Con efecto! Eso es horrible.

ANGEL. Y si no fuera porque aquí existe para lenitivo de mis desdichas una brillante estrella escondida entre el follaje...

CLARA. No quiere usted pasar á ver á mi tia?

ANGEL. (Cáspita, que me iba á lanzar!) Con mucho gusto.

CLARA. Pues pase usted, estará en su gabinete.

ANGEL. (Maldita corbata.) Entónces, hasta luégo.

CLARA. Adios.

ANGEL. (Se sonrie! Una más en la lista! ¿Si seré Tenorio?) (Vase por la izquierda.)

ESCENA VII.

CLARA, luégo TOMÁS y un GRIADO.

CLARA. Já! já! Qué pollo más ridículo. No sé como he podido contener la risa.

TOMAS. Clara! ¡Sobrina! Me alegro de verte.

CLARA. Qué tiene usted? Esa agitacion... Ocurre algo?

TOMAS. ¿Que si ocurre? Una cosa imprevista, sorprendente, increible.

CLARA. Explíquese usted.

TOMAS. Acabo de recibir una carta de tu marido.

CLARA. Dios mio! De mi... Pero cómo? Dónde? Qué dice? Hable usted! ¡Ay qué calma!

TOMAS. Toma! Juzga por tus propios ojos. (Le da una carta.)

CLARA. Es su letra! (Leyendo.) «Señor director del manicomio: »Muy señor mio: de paso en esta ciudad, en la que sólo »me detendré un dia, deseo visitar ese establecimiento. »¿Será usted tan amable que me conceda su permiso? »Suyo afectísimo, Enrique Carvajal.» ¡Es él! Pero cómo ha recibido usted?...

TOMAS. Al salir me lo entregó un criado de la fonda, el cual espera á la puerta la contestacion.

CLARA. Segun eso mi marido vendrá enseguida?

TOMAS. La fonda está cerca. Pero yo me dije: consultemos con Clara...

CLARA. Muy bien: diga usted á ese criado que no hay inconveniente en acceder á los deseos de quien le envia.

TOMAS. Al momento. (Va al fondo y habla con el criado, el cual se retira.)

CLARA. ¡Qué idea tan admirable!

TOMAS. Ya estás servida.

CLARA. Y ahora escuche usted. Va usted á decir á mi marido que esta es la casa de locos.

TOMAS. Esta?

CLARA. Nunca estuvo en ella, y ademas los jardines pertenecen al edificio.

TOMAS. Pero qué intentas?

CLARA. Ni una palabra á nadie de la farsa. Ni á mi tia.

TOMAS. ¿Líbreme Dios! Para qué queriamos más día de fiesta?

CLARA. Usted le trata como á un desconocido, y haga yo lo que haga no me descubra usted.

TOMAS. Ah! Comprendo! ¿Vas á fingirte loca?

CLARA. Voy á conocer si ese hombre es sólo un calavera, ó un infame sin corazon. Adios. No hay que perder momento.

ESCENA VIII.

TOMÁS, luégo ENRIQUE.

TOMAS. El diablo son las mujeres. Á nadie se le ocurre lo que á ellas. En verdad que ha sido un pensamiento original. Procuremos secundar sus proyectos con gran aplomo.

ENR. (Desde el fondo.) El señor director.

TOMAS. (Hélo aquí.) Adelante.

ENR. Es usted?

TOMAS. El mismo. (No es mal mozo mi señor sobrino.)

ENR. El criado, á quien he salido al encuentro, acaba de darme su galante recado, por lo cual le repito las gracias.

TOMAS. Aun cuando nos está prohibido enseñar al público este santo asilo, tratándose de una persona ilustrada, y además de un forastero, no he vacilado en quebrantar la consigna.

ENR. Y hay muchos acogidos?

TOMAS. Ciento treinta y dos, sin contar los idiotas ni los sexagenarios.

ENR. Si la hora no es conveniente, volveré.

TOMAS. No, no: dentro de cinco minutos terminará el almuerzo y bajarán á pasear por estos jardines.

ENR. Cómo? Son estos jardines del hospital?

TOMAS. Sí, señor.

ENR. Luego estoy en plena mansion de la locura?

TOMAS. Exceptuándome á mí, cuantos habitan esta casa tienen

la cabeza á pájaros. (Y no miento.)

ENR. Diga usted, y no habrá peligro?

TOMAS. Ninguno. Aquí sólo se permite bajar á los tranquilos.

ESCENA IX.

DICHOS, ROSA.

ROSA. ¡Ay qué tabardillo de hombre! No acaba de hablar de su sastre, de sus conquistas!

TOMAS. (Mi mujer! Qué oportunidad!)

ENR. Ya tenemos una, doctor.

ROSA. Me cargan los pollos presumidos. Pero estoy condenada á tratar gente antipática, sí señor. Va á llegar dia en que entre en casa un amigo, y plán, le arroje por el balcon!

ENR. (Á Tomás.) Segun veo esta es muy divertida.

TOMAS. Mucho! (Qué va á pasar aquí.)

ROSA. (Viéndoles.) Ah! Dispensen ustedes, no habia reparado...

ENR. (Á Tomás.) Y qué fea es!

TOMAS. (Muchas gracias.)

ROSA. (Qué grosero! Ni saluda siquiera.) ¡Cúbrase usted! (Á Enrique.)

ENR. Já! já! já!

TOMAS. (San Pedro me valga.)

ROSA. (Y se rie!) ¿Tengo yo monos en la cara?

ENR. (Á Tomás.) La contesto?

TOMAS. (Á Enrique.) No! Á esta no se la puede contestar!

ROSA. (Á Tomás.) Querrás decirme quién es, y con qué derecho me insulta?

ENR. (Á Tomás.) ¡Con cuánta confianza lo trata á usted!

TOMAS. (Á Enrique.) Es muy llanota y muy cariñosa.

ROSA. Vamos!

TOMAS. Quién? Este caballero? Un amigo.

ROSA. Y porque es amigo me ofende en tus barbas. ¿Y tú lo toleras? Tú? mi esposo?

ENR. Já! já! já! Dice que es usted su esposo?

ROSA. Pues ya lo creo que lo digo.

TOMAS. Sí! Tiene esa manía.

ROSA. ¿Cómo esa manía, inícuo?

TOMAS. No, mujercita, no. (Á Enrique.) Es preciso llevarle la corriente. (Alto.) Soy tu marido, quién lo duda? ¿No es verdad que soy su marido?

ENR. Ya lo creo! Como que yo asistí á la boda!

ROSA. Usted?

TOMAS. (Á Enrique.) Cállese usted, hombre! (Á Rosa.) Te confunde con tu madre.

ROSA. Pero si entónces no había nacido.

ENR. Qué bien discurre! Parece que está en su sano juicio.

ROSA. Qué oigo?

TOMAS. Tiene dias.

ROSA. Cómo que tengo dias? Plántese usted en la calle!

ENR. Creo que le da el ataque.

TOMAS. Mucho me lo temo.

ROSA. Mira que no respondo de mí.

ENR. Que le pongan la camisa, doctor!

ROSA. ¡Insolente! ¿Cree usted que no llevo camisa?

TOMAS. (Anda, anda!)

ROSA. ¡Ay! Yo me siento mala?... Fuera de mi casa. (Váse.)

ESCENA X.

TOMÁS, ENRIQUE.

ENR. Esa mujer es temible.

TOMAS. No lo sabe usted bien.

ENR. Y hace mucho que está así?

TOMAS. Desde que nació.

ENR. Ah! es de nacimiento.

TOMAS. É incurable.

ENR. Yo creí que le iba á embestir.

TOMAS. Suele hacerlo muy á menudo.

ENR. Cómo se llama?

TOMAS. Aquí se la conoce por la fiera del desierto.

ESCENA XI.

DICHOS, CLARA, vestida de blanco y con el cabello suelto.

CLARA. (Cómo me palpita el corazon.)
TOMAS. (Mi sobrina! Gracias á Dios.)
ENR. Otra.
TOMAS. Acérquese usted! No hay cuidado.
ENR. Señorita... ¡Gran Dios! ¡Mi esposa!
TOMAS. (La reconoció.)

MUSICA.

ENR. ¡Es ella! Mi esposa!
TOMAS. Qué escucho?
ENR. Gran Dios!
Por mí se ha vuelto loca.
CLARA. (El pobre lo creyó.)
(Á Tomás, y en actitud romántica.)
Dime, paloma cándida,
dime do está
aquel que te hizo víctima
de su mal.
TOMAS. Nos toma por volátiles,
ya lo ve usted,
ignora que son bípedos
los que ella ve.
CLARA. (Viendo á Enrique.)
Mas no! Qué miro!
Sueño fatal!
Tú me olvidaste!
Pillo, truhan!
TOMAS. Eso, amiguito,
con usted va.
ENR. Pobre alma mia
cese tu afan!

(Clara queda pensativa. Ambos se dirigen á ella que se vuelve de repente y les hace retroceder en actitud cómica. Es una paródia de la escena del *Sueño* del baile *Brahma*.)

CLARA. Ah! Ah! Fuera de aquí.
Ah! Ah! Huye de mí.
Que por tu causa
mi bien perdí.
Ah! Ah! Fuiste un traidor.
Ah! Ah! Y en mi dolor
se hace pedazos
el corazon!
(Á Tomás.) ¿Por qué si yo te amaba
me hiciste abandonar?
(Les coge á los dos de las manos.)
Anda con Dios, dueño mio,
anda con Dios y no vuelvas,
que las penas que dejaste
son las mismas que te llevas.

ENR. Esto es horrible—triste, fatal!
No hay quien su idea—pueda encauzar.

TOMAS y CLARA. Preso de espanto
su pecho está:
hoy todas juntas
las pagará.

HABLADO.

ENR. Héme aquí á tus piés. He sido un miserable. (Se arrodilla.)

CLARA. (Estaba por darle un abrazo.)

TOMAS. En verdad, caballero, que semejante casualidad...

ENR. Dominado por una coqueta sin corazon, abandoné á esta desdichada poco despues de nuestra boda; mas hoy volvía contrito... arrepentido... Sabe usted que nunca creí que una mujer se volviese loca por amor!

TOMAS. Pues hay muchísimas... tan locas como esta.

ESCENA XII.

DICHOS, ÁNGEL.

ANGEL. Qué basilisco de señora!

ENR. ¿Quién es?

TOMAS. Otro loco.

CLARA. (Se dirige á Ángel, que queda admirado al oir sus frases.) ¿Por qué has tardado tanto, pichon?

ENR. ¿Por qué... Le llama pichon?

TOMAS. Porque... Cree que es usted ese animal... es decir, le toma por usted.

CLARA. No sabes que aguardaba con impaciencia?

ANGEL. (Cascarillas! ¿Qué dice esta mujer?)

ENR. ¿Y le coge la mano? Hombre, si no estuvieran locos los desollaba.

CLARA. (Parece que no le gusta.) (Á Ángel.) Yo era una niña cándida é inocente! Te amaba como aman los corazones juveniles.

ANGEL. (No lo dije! Si soy lo más seductor!)

CLARA. ¡Mas tú me abandonaste! ¿Dónde has estado?

ANGEL. Con la tia.

CLARA. ¡Cuatro años!

ANGEL. Cómo cuatro años? Ni cinco minutos!

CLARA. Pero me amas?

ANGEL. Con locura! (Pero qué seductor soy!)

CLARA. (Presentándole la mano.) Bésala. (No he de tener piedad.)

ANGEL. Con mucho gus... (Al ir á besarla recibe un puntapié de Enrique.) ¡Ay!

CLARA. Já! já!... (Váse corriendo.)

TOMAS. (Este sí que le ha vuelto loco.)

ANGEL. (Á Enrique.) ¡Caballero!

TOMAS. (Llevando á Ángel ap.) Chist! (Va á mover un escándalo.

ANGEL. Necesito una reparacion.

TOMAS. Cállese usted! No ha comprendido que ese jóven está... (Indica que está loco.)

ANGEL. Qué?

TOMAS. Es un enfermo que acaban de traer para observarle.

ANGEL. ¡Cáspita! ¿Y le observa usted sobre mí, *colateral*.

TOMAS. Voy á disponer su traslacion. (Es preciso que mi sobrina termine la farsa.)

ANGEL. Eh! No me deje usted solo!

TOMAS. Vuelvo pronto. (Váse.)

ESCENA XIII.

ENRIQUE, ÁNGEL, luégo LIBORIO.

ENR. Esto es horrible! Pobre Clara!

ANGEL. (Vamos, yo me voy á marchar.)

ENR. Aguarda!

ANGEL. (Ay!) (Figura que le tiemblan las piernas.)

ENR. ¿Conque tú eres el preferido? Tú? Y con esa facha de mono-sabio!

ANGEL. Muchas gracias! usted me favorece. (Vaya una bromita pesada!)

LIBORIO. (Dirigiéndose á Enrique.) Albricias! Ya dí con ella! Esta es la cifra! veintidos millones de ladrillos y treinta mil losetas.

ENR. Eh?

LIBORIO. Sí, señor! Lo invertido en el Escorial. Tengo antecedentes soberbios. Hay allí doce mil vigas, treinta y siete paredes maestras y cuatrocientas cuarenta claraboyas. ¿Qué dato, eh?

ENR. (Observándole con cierta compasion.) Quién estuviera como tú, pobre idiota!

LIBORIO. (Á Ángel.) Creo que habla con usted.

ANGEL. Já! já! já! No! Es con usted.

ENR. Tú vegetas sin conciencia de tus actos lo mismo que un animal.

LIBORIO. Canario! Yo un animal!

ANGEL. (Á Liborio.) No se enfade usted, por la Vírgen Santísima!

LIBORIO. Cómo que no?

ANGEL. Es un loco que acaban de traer.

LIBORIO. (Muy asustado se coloca detrás de Ángel.) ¡San Francisco!

ENR. (Diablo! Parece que me van á embestir.)

ANGEL. (A Liborio.) (Póngase usted delante.)

LIBORIO. Un cuerno!

ENR. ¡Quisiera que el destino tuviese cuerpo para cebarme en él!

LIBORIO. Señor, que yo soy Liborío.

ENR. Es verdad! Hablo contigo como si tuvieras inteligencia.

LIBORIO. (Pero qué manía por llamarme bestia.)

ANGEL. Lo mejor es sujetarle y dar voces.

LIBORIO. Bueno: pues sujételo usted, que yo gritaré. (Se dirigen con disimulo hácia Enrique.)

ENR. (Observando el movimiento.) (Se dirigen hácia aquí: es preciso estar en guardia.) (Ángel y Enrique se cogen mútuamente.)

ANGEL. Te cogí.

ENR. ¡Ya eres mio!

ANGEL. ¡Que me aprieta don Liborio! Pida usted socorro!

LIBORIO. (Gritando.) Doctor, que hemos cogido al loco!

ENR. ¿Qué oigo? Me toman por loco?

ANGEL. Naturalmente.

ENR. Los locos son ustedes.

LIBORIO. Eso lo decidirá el médico del manicomio que está más abajo.

ENR. (Deshaciéndose de los brazos de Ángel.) Cómo! ¿No es este el manicomio?

LIBORIO. No señor: es la casa del director y de su sobrina Clara.

ENR. La loca?

LIBORIO. Quiá, hombre! Para usted todo el mundo está guillado! Su sobrina, una pobre jóven abandonada por su esposo, que se conoce es un pillo de siete suelas.

ENR. ¿Luego, entónces soy víctima de una superchería? ¡Ira de Cristo!

ANGEL. Creo que hice muy mal en soltarle.

ENR. (Sin duda leyó mi carta y se finge loca para...) ¡Deme usted veinte abrazos! No está enferma! ¡Pero se han burlado de mí!

LIBORIO. (Está completamente disparado.)

ESCENA XIV.

DICHOS, ROSA.

ROSA. Cómo! Todavía está aquí ese hombre?

LIBORIO. (Á Rosa.) No se acerque usted. Le ha entrado la calentura.

ROSA. Qué?

LIBORIO. Es un loco furioso que se ha escapado.

ROSA. (Dando un fuerte grito y echando á correr.) Ah!

LIBORIO y ANGEL. Huyamos! (Vánse.)

ESCENA XV.

ENRIQUE, luégo CLARA.

ENR. Ahora comprendo la extrañeza de toda esta gente. Aguarda, aguarda, ya tomaré la revancha.

CLARA. (Sale corriendo, se acerca á Enrique y le mira fijamente.) ¡Tampoco es este! En vano le aguardé sentada en el bosque. ¡Ya no hay esperanza!

ENR. (Vaya si finge bien!)

CLARA. (No me hace caso!) ¿Sabes dónde se halla? Dile que me saque de aquí, que me lleve á su lado para siempre.

ENR. (Mirándola.) ¡Pero qué fea se ha puesto!

CLARA. (Eh?)

ENR. Tiene más nariz y más boca, y parece un tonel!

CLARA. (Dios mio! Será cierto?)

ENR. (Toma locura!) Dónde iba yo á cargar con esa facha!

CLARA. (Cielos!)

ENR. Me alegro que estés aquí encerradita; delante del médico fingí por no parecer mal, pero ahora es distinto.

CLARA. ¡Infame, insolente, trapalon!

ENR. (Se descubrió.) ¿Qué es eso? Te enfadas? Pues descúidate un poco. (Haciendo ademan de pegarla.)

CLARA. Se atreverá usted á pegarme?

ENR. Cualquiera diría que está en su juicio.

CLARA. Y diría muy bien!

ENR. ¡Cómo? ¿Que no estás loca? Luego entónces te he servido de diversion, me has puesto en ridículo? Todo,

todo te lo perdonaría ménos eso!

CLARA. No, no! Estoy loca, estoy loca. (Y tendré que estarlo á la fuerza para que no me odie.)

ENR. Entónces, todo lo que puedo hacer en tu obsequio es encargar al médico que te ponga muy á menudo á pan y agua á ver si me dejas viudo pronto.

CLARA. ¡Habrá tunante!

ENR. Porque al fin, si estuvieses buena, yo apechugaría con tus narices.

CLARA. Y dale con las narices!

ENR. Pero así!...

CLARA. Repito que no estoy loca!

ENR. ¿Cómo que no?

CLARA. Digo, sí, digo, no... En fin, caballero, márchese usted!

ENR. (Pobrecilla!)

ESCENA XVI.

DICHOS, TOMÁS.

TOMAS. Vamos, te has descubierto? Bastante le has hecho sufrir.

CLARA. ¡Ay tio! Si dice que parezco un tonel!

TOMAS. Cómo es eso? Señor sobrino, prohibo las comparaciones odiosas.

ENR. Pero en qué quedamos? Esta jóven está en su sano juicio?

TOMAS. Pues no la ves?

ENR. Necesito una prueba.

CLARA. Cuál?

ENR. (Arrodillándose.) Que perdones á un libertino arrepentido, y finjas otra vez con mayor maestría.

CLARA. Ah! Ya entiendo! ¡Esposo mio!

TOMAS. (Llamando.) Rosa! Rosa! Don Liborio! Es preciso presentarles á Enrique.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ROSA, ÁNGEL, D. LIBORIO.

ROSA. Qué gritos!

TOMAS. Señores, tengo el gusto de presentar á ustedes á... (Al adelantarse Enrique dan un grito y tratan de ocultarse unos con otros.)

ROSA, ANGEL, LIBORIO. Ah!

TOMAS. ¿Qué es eso?

LIBORIO. (Á Ángel.) ¡No me ponga usted delante!

TOMAS. Pero por qué se asustan ustedes? Si es mi sobrino; Enrique; el marido de Clarita.

ROSA. Cómo?

ANGEL. Qué?

LIBORIO. Cuándo?

ANGEL. Pero no me dijo usted que estaba en observacion?

TOMAS. Fué una broma!

ROSA. El señor es un filibustero sin formas sociales.

ENR. Querida tia, dispense usted si pude ofenderla hace un rato. No me hice cargo de su belleza, ni de lo mucho que usted vale.

ROSA. De ese modo! (Pues es muy guapo y muy liberal.)

ANGEL. Luego, entónces el puntapie...

ENR. Se repetirá si continúa usted frecuentando esta casa.

ANGEL. ¡Nunca! He sido el hazme reir de ustedes, y me voy á Madrid mañana mismo.

LIBORIO. Haremos el viaje juntos. Tengo que completar ciertos datos en el Retiro. Hay allí setenta y tres bancos de piedra. Un millon treinta mil cubas de agua, quinientos peces, trescientos gansos de ambos sexos, y ochenta y cuatro alcornoques.

ENR. Pues añada usted uno á la cuenta.

MUSICA.

CLARA.

Si no es una locura
lo que deseo
atiende cariñoso
mi humilde ruego;
pues solo ansío
no escuchar en tal trance
ningun silbido.

FIN.

PUTZAN M. 17270